

Acerca del estatuto y las posibilidades emancipatorias del sujeto en tiempos postmodernos

Niklas Bornhauser¹

Resumen

El concepto de sujeto actualmente es una representación desacreditada, malmirada y caído en desuso. Dicho olvido, lejos de ser un acontecimiento casual e inocente, por un lado, obedece a una determinada práctica lectural, inspirada en ciertos principios postmodernistas, y, por el otro, tiene una función reguladora concreta y precisa. Con el propósito de verificar lo anterior, se revisan dos fragmentos de textos habitualmente citados por los autores postmodernistas a la hora de justificar su desprecio por el concepto en cuestión. Finalmente, se discuten algunas de las implicaciones de la omisión forzosa de la noción de sujeto para toda concepción del pensar como actividad crítica y emancipatoria.²

Palabras claves: sujeto, postmodernidad, ilustración, emancipación, lenguaje

Abstract

Currently the concept of subject is a discredited and disliked representation and has fallen into disuse. This loss, far from being coincidental and innocent, on the one hand is due to a particular practice of interpretation inspired by certain postmodern principles, and, on the other, has a concrete and precise regulatory function. For the purpose of verifying the former, two fragments of texts are examined which are often cited by postmodern authors at the time of justifying the undermining of the concept in question. Finally, some of the implications of the forced omission of the notion of subject, for all conceptualisations of thought as a critical and emancipatory activity, are discussed.

Keywords: subject, postmodernity, illustration, emancipation, language

¹ Alemán, licenciado en psicología por la Universidad Diego Portales, doctor en filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Psicólogo clínico del Instituto Psiquiátrico Dr. Horwitz Barak. niklas. Email: bornhauser@gmail.com

² Este artículo es parte de los resultados del proyecto realizado por el Núcleo Temático de Investigación Ética y Modernidad: fundamentación moral, contingencia y bienes morales, 2006, Escuela de Sociología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

El sujeto, — ¿una palabra imposible {Unwort}?

Parafraseando a Slavoj Žizek, quien invoca, a su vez, una conocida frase de Karl Marx, se podría afirmar lo siguiente: «Un espectro ronda {*ein Geist geht um*} (y no solamente) en Europa o en la academia occidental, a saber, el espectro del sujeto (moderno)». Efectivamente, la mera mención del vocablo en cuestión, a saber, del concepto de sujeto, y en particular, de su(s) forma(s) o modalidad(es) distinguida(s) como moderna(s), suele provocar, en el escenario variopinto de las ciencias sociales y humanas, incluso —o sobre todo— en aquellos departamentos dedicados expresamente al «estudio científico de la mente», todo tipo de reacciones adversas, entre ellas la enunciación o declamación de los más diversos salmos, conjuros y exorcismos, recitados con el propósito de ahuyentar y expulsar lo que es percibido como un espíritu {*Geist*} pérfido y maligno.

Esta aversión —la mayoría de las veces tan enfática y concluyente como visceral y difusa— a la noción de sujeto, un concepto, a estas alturas, polisémico, confuso y equívoco (Zima, 2000), es el resultado provisional de una serie de oposiciones y resistencias entre y al interior de las diferentes escuelas y orientaciones situadas en el heterogéneo campo de las ciencias del sujeto, oposiciones, a nuestro parecer, debidas, al menos en una parte sustancial, ya sea al franco desconocimiento de ciertos textos canónicos, imprescindibles para la clarificación del estatuto y de los alcances teórico-prácticos del concepto del sujeto, o a lecturas «livianas», tendenciosas y despreocupadas, sostenidas por el deseo y la voluntad de distorsión y adecuación intencional de cualquier fragmento de argumentación rastreable con el propósito de confirmar una opinión previa o un prejuicio deliberado y preconcebido. En otras palabras, el descrédito contemporáneo del concepto de sujeto, aparentemente, se debe, aunque no exclusivamente, ya sea a la ignorancia, producto del olvido, fomentado, a su vez, por una actitud situacional, circunstancial, ahistórica, desentendida tanto de las diferentes genealogías conceptuales como de su propio devenir en el tiempo, o al uso mecánico y estéril, a no ser que francamente tendencioso, caprichoso y veleidoso, de ciertos fragmentos de texto, arrancados del curso de la argumentación, que los significa y encadena, sometidos a interpretaciones antojadizas, arbitrarias y silvestres³. Corresponderá a las reflexiones siguientes el formular la pregunta acerca de los motivos por los cuales dicha actitud —que se inscribe en una amplia franja, que va desde el desuso y el abandono hasta la supresión y exclusión de la noción de sujeto— actualmente goza de tal popularidad y difusión entre determinados pensadores, a lo cuales reuniremos, para este propósito, bajo el rótulo de postmodernistas en el sentido que Habermas le atribuye en una conferencia dictada al recibir el premio Theodor Adorno (Habermas, 1981). Es decir, la interrogante que motiva y sostiene las reflexiones siguientes es la siguiente: ¿qué es lo que convierte al concepto de sujeto en una noción molesta, incómoda, irritante para el pensamiento postmodernista, el cual, como consecuencia de este malestar {*Unbehagen*} «decide» desatender, abandonar u olvidarlo?

³ Lo anterior se dice no con la intención de pretender afirmar la posibilidad —o existencia— de una única interpretación canónica, correcta y verdadera, ni de prescribir y fiscalizar los rituales interpretativos oficiales, sino con el propósito de conservar la precisión y exactitud conceptuales y metodológicas propias al postulado de la pluralidad y aperturidad inherentes a toda práctica interpretativa y de evitar la disolución y pauperización de estos principios, que, una vez absorbidos por la lógica del mercado, corren el peligro de degenerar en una práctica difusa y confusa, inspirada en un «todo vale» desdibujado y descomprometido.

Lo anterior, desde luego, implica suponer que la aludida amnesia con respecto a la idea de sujeto dista de ser un olvido casual, un descuido o una negligencia fortuita y accidental, sino que ha de ser leída –retrospectivamente– como un síntoma epocal. Esta hipótesis se sostiene, por un lado, en la constatación del simultáneo abandono de una serie de conceptos afines, y, por el otro, de la preponderancia de una singular lógica del pensar, una lógica plácida, apacible y sosegada, cuya despreocupada tranquilidad se basa en la desmentida o renegación {*Verleugnung*} de la dimensión crítica del pensar. En ese sentido, el desuso del concepto de sujeto se inscribe, a su vez, en una serie de omisiones conceptuales previas, entre ellas, principal, aunque no exclusivamente, la relegación de los conceptos de historia y razón, lo que ha causado un sensible desplazamiento del pensar, en cuanto a la intención y los efectos del teoretizar, desde el polo «crítico» hacia su extremo «tradicional» (Horkheimer, 1937).

De acuerdo a lo dicho con anterioridad, el abandono deliberado del concepto de sujeto, a nuestro parecer, tiene que ver con una determinada práctica de la lectura, consolidada como un ejercicio autorreferente y despreocupado, apoyado, a veces de manera incierta y difusa, en todo tipo de modalidades procedentes de las disciplinas literarias, y que habitualmente tiende a evocar, dentro de su pluralidad y diversidad constituyentes, a un texto de Jean-François Lyotard como uno de sus referentes cruciales. Se trata de *La condition postmoderne*, subtítulo «Rapport sur le Savoir», escrito, en su momento, por encargo del Conseil des Universités du Québec. No obstante, al análisis pormenorizado de las lecturas oficiales, que gozan de cierta popularidad entre quienes renuncian a la defensa de todo proyecto filosófico, cultural y social inspirado en principios y orígenes modernos, habría que anteponerle la crítica de que presta atención precisamente a este texto y no a *Le Différend*, la palabra o el aporte propiamente filosófico de Lyotard al debate en curso (Frank, 1983). En *La condición postmoderna*, Lyotard justamente aspira a formular una posición «epocal», es decir, que exceda los acotados límites disciplinarios del pensar, con respecto a «la situación espiritual de nuestro tiempo», y postula que dicha situación se caracteriza por el sacrificio de la compulsión metafísica de tender hacia la ideación de los grandes y herméticos sistemas del pensamiento, acompañado de la renuncia a la elaboración de un marco explicativo suprahistórico, inscribiéndose, por lo tanto, en un proyecto del pensar escéptico y descreído, que sospecha de los naturalismos, los «conceptos fundamentales» y los ideales teleológicos, un proyecto que, en palabras de Foucault, al menos en sus inicios, podría designarse como aquello que lleva en sí los gérmenes de una eventual «filosofía de la finitud».

Como consecuencia de la errática y errante recepción de la obra de Lyotard en el ámbito de las ciencias sociales y humanas, la presunta superación de dos características frecuentemente atribuidas al pensamiento moderno (Welsch, 1987), la radicalidad de un comienzo drástico y tajante, el llamado «pensamiento de los orígenes», por un lado, y la pretensión de universalidad, con los riesgos políticos que ello comporta, por el otro, a ratos se confunden con un rechazo generalizado e inespecífico de los aspectos unificadores, universalizadores o totalizantes de la modernidad y del consiguiente repudio de un conjunto de conceptos asociados, entre ellos, el concepto de historia¹. En ese sentido, siguiendo a T. Eagleton

¹ Desde luego, que se podría objetar que esta crítica, formulada de manera inespecífica y general, peca justamente de lo mismo que le atribuye a ciertas prácticas discursivas contemporáneas.

(1996), no hay que confundir el abandono de los grandes relatos historiográficos y la consecuente aceptación de la existencia de una multiplicidad de historias sociológicas, económicas, artísticas, filosóficas, separadas y atravesadas por sus respectivas discontinuidades y fisuras, con la renuncia categórica al concepto de historia como tal y el subsecuente estado de olvido de la historia, un olvido propio y característico de una genuina «sociedad del olvido».

En todo caso, una cosa, más allá de las diferencias y las discrepancias puntuales en cuanto a los discursos predominantes, es cierta: Si bien la pregunta por la actualidad y pertinencia del concepto de sujeto ha mantenido ocupadas prácticamente a todas las disciplinas del espectro del pensar que se inscriben en el ámbito abierto por el surgimiento de las ciencias del hombre desde sus mismos orígenes, el debate en torno al carácter y al emplazamiento conceptual del sujeto, en contra de lo que parecieran sugerir ciertas voces alarmistas, dista de ser una discusión resuelta o decidida. Efectivamente, la controversia en torno al lugar y la consistencia —o, para decirlo en palabras más módicas, la *con-textura*— del sujeto, una discusión que, en resumidas cuentas, arranca de su postulación como autónomo y culmina en la categórica y contundente proclamación de su definitiva e irreversible muerte o «desaparición» (Bruder, 1993), si nos situamos en la sinuosa y laberíntica genealogía del concepto, más que ser un asunto resuelto, resultado de un proceso claro y traslúcido, puede ser leída *après-coup* como una secuencia de refutaciones, reformulaciones y descentramientos abiertos e inconclusos, operados por las mismas ciencias del sujeto (Kittler, 1988).

De acuerdo a lo anterior, una primera y somera impresión del estado de discusión actual en ciencias sociales y humanas, específicamente en lo concerniente a sus principales enunciaciones, declaradas como oficiales o incluso canónicas por la misma doxa imperante, pareciera sugerir que las corrientes o tendencias del pensar dominantes y mayoritarias, reducidas a su denominador común, coinciden en cuanto a su rotundo y terminante desprecio por el concepto de sujeto (Castoriadis, 1978). A pesar de las cuantiosas necrologías y esquelas mortuarias redactadas a propósito de la supuesta defunción del sujeto, hay algo que enérgicamente se resiste a su indiferente abdicación. Al igual que aquel estudiante molesto, ideado por Freud a modo de ejemplo para ilustrar el movimiento de

a saber, su falta de precisión y claridad. Por ello quisiera aclarar de entrada que la crítica desplegada a lo largo de este texto está dirigida o se aplica únicamente a una delgada fracción del pensamiento contemporáneo, en cuyos enunciados seguramente no se resume ni se reconocerá la compleja y variopinta totalidad del pensar actual. Wolfgang Iser (1987), en relación a lo anterior, aunque a propósito de una pregunta ligeramente diferente, ha propuesto la distinción entre «postmodernismo difuso» y «preciso»: mientras que el primero se compone, básicamente, de una tendencia o corriente de lecturas eclécticas y acomodaticias, empapadas por un afán afirmativo y neoconservador, asimilables a la arbitrariedad del «*pot-pourri*» y del «*anything goes*», engendrando una serie de variaciones de un mismo tema, que van desde mixturas científico-universales aliñadas con un aderezo mixto, con una pizca de Lacan y unas gotas de Derrida, hacia los veleidosos y antojadizos escenarios de modas culturales chacoteras e histrionías (Lacrmann, 1986), el segundo se caracteriza por desarrollos intelectuales serios y rigurosos, cuyas raíces históricas se extienden más allá del mercado editorial francés más reciente y cada vez más perecedero (Kamper, 1985). Habría que precisar aún más esta distinción, la cual, a primera vista, podría parecer veleidosa y hasta gratuita, no obstante, en este lugar, con tal de no dilatar excesivamente el desarrollo del argumento principal, me permito remitir al lector a los trabajos de Wellmer (1985), Kamper y van Reijen (1987) y Volpi (1986), y quisiera únicamente aclarar que las reflexiones aquí expuestas se remiten a la que ha sido distinguida como la versión difusa o incluso confusa del pensamiento actual.

retorno de lo reprimido, no se conforma con desaparecer sin más, al menos sin dejar testimonio de repulsa a la abdicación.

Desde un punto de vista histórico, la paulatina supresión del uso de la idea de sujeto es entonces precedida por una serie de enunciados y de prácticas no discursivas, que preparan y condicionan su gradual desaparición. Entre los principales gestos contribuyentes a la disposición epistemológica actual no se puede pasar por alto la declaración de la muerte del autor por parte de Roland Barthes en su ensayo "La mort de l'Auteur" (1968) y el célebre pasaje, contenido en *Les mots et les choses* (1966) de Michel Foucault, en el cual, de acuerdo a la lectura postmodernista predominante, se proclamaría su inexorable y fatal deceso.

A propósito de la defunción de la figura del autor

En lo que sigue, con tal de esclarecer las relaciones argumentativas, genealógicas⁵ o de filiación, susceptibles de ser establecidas, por un lado, entre el descuido o desprecio actuales hacia la noción de sujeto y, por el otro, los antecedentes textuales anteriormente mencionados, se comenzará por un comentario al texto de Barthes. En el ensayo en cuestión, Roland Barthes, tal como sugiere el título, postula la muerte no del sujeto –epistemológico– en general, en tanto concepto abstracto, sino de una concepción ligada, bastante precisa y limitada, a saber, la idea de autor, una representación, como argumenta el propio Barthes, arraigada en la investigación moderna de inspiración empírica. La correspondiente destitución de esta forma históricamente crecida de concebir al autor arranca, a su vez, por la respectiva problematización de la escritura, la que, contrariamente a lo que los habituales esquemas sujeto-objeto suelen asumir, en lugar de ser un acto creacional caracterizado por la plenitud y la plétora, es, más bien, la destrucción de toda voz, el aniquilamiento de todo origen, con lo que debe ser pensada como un acontecimiento que remite a un lugar neutro, anónimo, compuesto por diferentes voces, un lugar plural, oblicuo, despojado de toda individualidad, donde precisamente acaba por perderse toda identidad. A diferencia de esta comprensión –estructural– de la escritura, el concepto de autor, de acuerdo al texto, "es un personaje moderno, producido indudablemente por nuestra sociedad, en la medida en que ésta, al salir de la Edad Media y gracias al empirismo inglés, el racionalismo francés y la fe personal de la Reforma, descubre el prestigio del individuo identidad" (Barthes, 1986: 66). Al establecerse su respectivo linaje teórico-conceptual de esta manera, no ha de sorprender, entonces, que ha sido precisamente el positivismo, corriente teórica que para el estructuralismo representaba el resumen y resultado de la ideología capitalista, el que, en opinión de Barthes, ha concedido la máxima importancia a la "persona" del autor en

⁵ Al hablar de genealogía se está pensando en aquella acepción del término que, basada en la recepción de *La genealogía de la moral*, renuncia a la búsqueda compulsiva de los orígenes únicos y a un determinado estilo de pensamiento asociado {*Ursprungsdenken*}. En lugar de este pensamiento esencialista, basado en la creencia de que en sus comienzos –antes de la caída, del cuerpo, de la historia– las cosas estaban en su perfección, se propone el análisis histórico-crítico opuesto al despliegue metahistórico de las significaciones ideales y de los indefinidos teleológicos (Foucault, 1971), un análisis que no se apoya en ningún punto extra o prehistórico, capaz de considerar simultáneamente la incidencia y los efectos de instituciones, modos de proceder, formaciones discursivas plurales y diversas al modo de un complejo sistema de elementos múltiples y distintos, que operan al margen de cualquier poder de síntesis.

tanto origen y fuente de los escritos, descuidando, en cambio, aquellos aspectos ligados ya sea con la práctica escritural o los factores coyunturales.

En contra de esta convicción, firmemente arraigada en el sentido común ilustrado de nuestra época, a lo largo de su argumentación Barthes alude a Mallarmé, para o a partir de quien “es el lenguaje, y no el autor, el que habla; escribir consiste en alcanzar, a través de una previa impersonalidad [...] ese punto en el cual sólo el lenguaje actúa, «performa» y no «yo»” (Barthes, 1986: 66). La destitución del autor sucede, pues, mediante y en favor del lenguaje, el que pasa a ocupar el lugar privilegiado vacante, antaño ocupado por el autor, con tal de ejercer, a partir de ahí, su dominio imperioso por sobre los demás conceptos subordinados, marginados o relegados a un segundo plano. La supresión del autor, por lo tanto, no es un mero gesto de liberación, una exoneración o remoción que se baste a sí misma en tanto despido, sino que, más bien, resulta ser un relevo, un reemplazo, una sustitución, con la cual la estructura –el lenguaje mediante– alcanza y se afirma en un lugar supremo, privilegiado, anteriormente reservado al concepto de autor. La inversión de las relaciones de poder entre el autor y el lenguaje, resultado de este cambio de lugares, puede ser ilustrada, de manera ejemplar, mediante la siguiente cita: “Lingüísticamente, el autor nunca es nada más que el que escribe, del mismo modo que *yo* no es otra cosa sino el que dice *yo*: el lenguaje conoce un “sujeto”, no una “persona”, y ese sujeto, vacío excepto en la propia enunciación, que es la que lo define, es suficiente para conseguir que el lenguaje se “mantenga en pie”, para llegar a agotarlo por completo” (Barthes, 1986, p. 68).

El derrocamiento del autor en favor del lenguaje, al menos cuando es operado desde el estructuralismo, implica un cuestionamiento tanto de la temporalidad clásica como de la secuencialidad lógica convencional, que suele anteponer el autor al escrito, mientras que el escritor, de acuerdo a la argumentación expuesta, nace –y se deshace– con su texto. En la medida en que el autor “no está provisto en absoluto de un ser que preceda o exceda su escritura” (Barthes, 1968, p. 68), se ve desprovisto de toda consistencia ontológica previa y es reducido a un constructo hipotético-conjetural, cuya aparición y perduración están condicionadas a los inciertos derroteros trazados por el texto en su impredecible recorrido por los dominios del lenguaje. De la misma manera en que al autor le es negada toda esencia o consistencia anteriores e independientes a la escritura, asimismo no existe una temporalidad previa o preexistente al engendramiento del texto. De acuerdo a lo anterior, “no existe otro tiempo que el de la enunciación, y todo texto está escrito eternamente *aquí y ahora*” (Barthes, 1986: 68), con lo que el autor no mantiene con respecto a su obra una relación de paternidad, no es en absoluto el sujeto, autónomo y soberano, cuyo predicado derivado y secundario sería el libro, sino que se ve reducido a una presunción o suposición frágil, erosionada, altamente especulativa, que no posee autonomía o independencia conceptual alguna y que se constituye –y deconstruye– simultánea e inseparablemente con el texto. La escritura, más allá de toda voz atribuible a un sujeto originario o fundador, en vez de obedecer a la lógica de la expresión, basada en la presuposición de la existencia previa de semejante entidad apriorística, efectúa un gesto de inscripción, esboza, delinea, proyecta un campo sin origen, en la medida en que remite al lenguaje –y no al autor precedente, prefigurado, primero–, es decir, precisamente a aquel concepto que, en palabras de Barthes, “no cesa de poner en cuestión todos los orígenes” (Barthes, 1986: 69).

de sujeto a partir de ideas emparentadas o colindantes tales como lenguaje, escritura, inconsciente, etc. Por lo tanto, no es que con la aparición en escena del polémico y beligerante pensar de Roland Barthes la historia de la subjetividad haya llegado a su pronto y prematuro final, sino que, de lo contrario, esta historia, como ha sido demostrado a propósito de la evolución de las posiciones adoptadas por éste en el debate en curso (Bürger, 1996), se renueva, se restaura, se reforma, a partir de la revisión crítica de las contradicciones y oposiciones inherentes al mismo concepto de sujeto, un concepto complejo y paradójico desde sus inicios. A partir de Barthes, el sujeto, si es que fuera lícito hablar en singular, ya no es el sujeto de la filosofía idealista clásica ni la reducción de éste a sus cualidades o aspectos positivos y transparentes, sino que ha de ser esbozado como aquel que, careciendo de toda unidad congénita o inherente, al verse arrojado a un sinfín de juegos imaginarios y especulares, basados en su doble desconocimiento {*méconnaissance*} en virtud de lo inconsciente y de la ideología, únicamente se mantiene gracias a sus capacidades plásticas y metamorfoseantes, su habilidad de reinventarse constantemente en el camino.

Episteme y subjetividad

A continuación, se revisará el pasaje textual, situado, por parte de la fracción posmodernista, en *Les mots et les choses* y que supuestamente contendría la sentencia, atribuida para estos fines a Michel Foucault, acerca de la definitiva e irresoluble defunción del sujeto. En términos generales, con relación a la pregunta acerca de la pertinencia o impertinencia de situar el problema del sujeto como uno de los ejes centrales que pudieran estructurar la híbrida y poliestratificada obra de Michel Foucault, se puede aducir lo siguiente: Si bien la recepción contemporánea predominante de su obra, sobre todo en el ámbito de discusión hispanoparlante, ha destacado el carácter central del tema del poder en su pensamiento, éste, como revela una lectura en perspectiva, no puede ser pensado sino en una relación, al mismo tiempo topológica y temporal, compuesta por tres dimensiones irreducibles en su constante implicación: poder, saber y subjetividad (Dreyfus y Rabinow, 1982). Dice al respecto el propio Foucault: “El objetivo de mi trabajo durante estos últimos veinte años no ha sido analizar los fenómenos del poder ni poner las bases de tal análisis. He intentado hacer una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano que se han dado en nuestra cultura [...] No es por tanto el poder sino el sujeto, lo que constituye el tema general de mis investigaciones” (Foucault, 1982, p. 12).

Pues bien, al guiarse por la misma estructura argumentativa de *Las palabras y las cosas*, resulta comprensible de suyo que para morir es preciso nacer (Castro, 2005), por lo que antes de hablar de “la muerte del sujeto”, se torna una exigencia de primer orden dedicar algunas palabras a su nacimiento o constitución. Con respecto a la condición histórica del sujeto, es en la sexta sección del capítulo décimo de *Las palabras y las cosas*, en la cual Foucault, al inicio del último apartado del texto dice que “el hombre no es el problema más antiguo ni el más constante que se haya planteado el saber humano” (Foucault: 375), lo que significa que aquello que actualmente se denomina “hombre” y a lo cual se suele atribuir un carácter fundacional, primordial, ahistórico, se inscribe en una secuencia o un proceso de carácter histórico que pasa necesariamente por su parto o nacimiento –su emergencia en una constelación epistemológica particular–. Esta no

es sino la tesis central del texto de Foucault, a saber, que el sujeto bajo la forma del hombre hizo su aparición en el campo del saber occidental –un hecho que retrospectivamente cabría calificar como una ruptura {*coupure*} epistemológica (Bachelard, 1940)– en un momento histórico preciso y (sobre)determinado, y que la resultante comprensión del problema del sujeto dependerá, en buena medida, de la consideración reflexiva de las condiciones históricas que posibilitaron y condicionaron su aparición. El que se haya producido efectivamente la “invención” del concepto de sujeto se debe, de acuerdo a Foucault, a las mutaciones y transformaciones producidas en un nivel precedente, un orden epistémico, que, al igual que el concepto de sujeto, no ha de ser pensado como un fundamento último y atemporal, sino precisamente como un a priori histórico, un conjunto articulado de elementos discursivos y no discursivos, sometido a un incesante juego de desplazamientos y condensaciones (Foucault, 1970).

Es justamente a partir del carácter derivado, secundario del sujeto, del hecho de que éste –en vez de preexistir, en algún espacio y tiempo otros, al acontecer de los eventos– ha de ser constituido, puede ser especulado que, como consecuencia de un cambio o una mutación de la constelación de las “disposiciones fundamentales del saber”, se pueda producir la consiguiente desaparición del mismo. La llamada “muerte del hombre”, en ese sentido, a lo más es sugerida como una posibilidad, una probabilidad entre varias y, en ningún caso, como pretenden algunos pensadores contemporáneos, es presentada como un hecho definitorio e indiscutible, cuya realización o ya ha acontecido o resulta tan inaplazable como ineludible. El carácter presumible de la eventual muerte del sujeto fácilmente puede ser confirmado consultando el texto de Foucault, pues éste prosigue de la siguiente manera: “El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin” (Foucault, 1968: 375, las cursivas son mías). De esta manera, la sentenciosa afirmación acerca del fallecimiento del hombre, puesta frecuentemente en boca de Foucault, de acuerdo al texto en cuestión, ha de ser matizada, pues si bien la arqueología describiría la invención del hombre como un acontecimiento ya desplegado, a su vez, la eventual o posible desaparición del hombre es sostenida a lo más como una presunción, un devenir posible entre varios. Al igual que en la célebre afirmación final, de acuerdo a la cual una mutación arqueológica similar a la de fines del siglo XVIII “podría” permitirnos apostar que “el hombre se *borraria*, como en los límites del mar un rostro de arena” (Foucault: 375, las cursivas son mías), la «muerte del hombre», según inequívocamente indica el empleo del condicional, es, a lo más, una hipótesis supeditada a un conjunto de factores adicionales.

Con tal de leer lo anterior en perspectiva y de no pecar del mismo error que le atribuimos a quienes se sirven de ciertas citas, con el único propósito de confirmar sus preconcepciones y prejuicios apriorísticos, no se debe olvidar la propia raigambre genealógica del pensamiento foucaultiano, una reflexión cuya deuda con Nietzsche ha sido señalada en más de una ocasión (Deleuze, 1986). A propósito de los múltiples orígenes del desarraigo de la antropología, orígenes rastreables hasta el pensamiento de Nietzsche (Vattimo, 1989), conviene recordar que la defunción del sujeto, entendido de manera ya sea clásica, idealista o moderna, es un acontecimiento que ha de ser pensado a partir de su relación con la muerte de Dios. En otras palabras, cuando el sujeto es entendido como sujeto soberano, trascendental, sujeto de la conciencia, que goza de una

autonomía radical con respecto a sus determinaciones exógenas y endógenas, dueño y amo de sus pasiones, encarna, en cierto modo, la figura de Dios, cuya muerte ha sido declarada, en varias ocasiones, en los aforismos 108, 125 y 343 de *Die fröhliche Wissenschaft* o en el mismo *Zarathustra*. El sujeto, en la medida en que pasa por esta suerte de «teologización» (Foucault, 1991), como consecuencia de su narcisismo primordial constituyente, corre el peligro de sufrir el mismo destino que Dios, con cuya imagen se había identificado hasta la saturación a lo largo de su liado y enrevesado proceso de conformación. La eventualidad del fin, que no deja de ser una posibilidad entre varias, señalada por Foucault en las últimas líneas de *Les mots et les choses*, concierne, entonces, exclusivamente a aquella modalidad —o deformación— subjetiva homologable al sujeto cognoscitivo ideal, entendido como fundamento seguro, cierto e infalible, afirmado en su conciencia de sí.

En lugar de descartar la noción de subjetividad en general, Foucault nos advierte, leído de esta manera, contra el “sueño antropológico” de la Modernidad, a saber, la ilusión de creer poder encontrar en el sujeto de la conciencia, entendido como el sujeto epistemológico imaginario abstracto, privado de todo suelo vivencial, la fundamentación última e infalible del conocimiento, un sueño que, pese a agrietarse por todos lados, continúa seduciendo al pensamiento contemporáneo. Por lo tanto, precisamente ahí donde algunos han querido encontrar la aseveración concluyente del carácter obsoleto del concepto de sujeto como tal, encontramos, más bien, a modo de advertencia, la insistencia en el carácter histórico de esta noción y la consecuente conclusión de que la constitución del hombre, situada, de acuerdo a Foucault, en el paso de una *episteme* clásica a su versión moderna, es un hecho explicable *après-coup* en lo que respecta a su causación, pero criticable en cuanto se lo presume forzoso, imperioso, investido de una necesidad obligante. Dicho paso, en lugar de efectuarse de manera homogénea, única y prescriptiva, habría dado lugar a una serie de interpretaciones independientes y discrepantes, con lo cual la actualidad se conforma de manera irreductiblemente múltiple, diversa y plural, atravesada por una serie de transiciones epistémicas irresueltas, “donde los enfoques que socavan la naturaleza humana coexisten con modos de reflexión que ralentizan el advenimiento de nuevas formas del pensar” (Castro, 2005: 229). De la misma manera, la muerte del sujeto es un acontecimiento que «quizá» podría producirse, al igual que, como consecuencia de la transformación epistemológica, situada a fines del siglo XVIII, eventualmente “podría” acontecer que el hombre se borrara, de acuerdo a la popular figura esbozada por Foucault, “como en los límites del mar un rostro de arena” (Foucault, 1968: 375).

Así como la muerte del sujeto no debe ser asumida, con excesiva ligereza y liviandad, como un hecho definitivo, ya consumado, sino como una posibilidad eventual o una conjetura plausible, de la misma manera, dicha afirmación no debe leerse exclusivamente de manera restrictiva y negativa, es decir, al modo de una proscripción, una interdicción o una prohibición. De acuerdo a Foucault, la crítica de la concepción moderna de sujeto no ha de ser leída como un destierro o una exclusión del concepto de sujeto como tal, sino que su remoción precisamente abre la posibilidad de plantear la existencia y pertinencia de otras modalidades de subjetividad, que la situación de dominio ejercida por parte de su versión predominante había mantenido ocultas o marginadas del debate oficial. En vez de desechar el concepto de sujeto, el descubrimiento del carácter

contingencial de una variante, que se pretendía única y excelsa, permite nuevamente considerar a ciertas interpretaciones discrepantes, reacias al pensamiento totalizador. De este modo, en aquel lugar vacante, que con anterioridad había sido obturado por la “forma-hombre”, se descubren otras alternativas, que reclaman ser formuladas y analizadas, a la modalidad imperante de subjetividad. Es decir, en lugar de adherir a la tendencia preponderante a leer *Les mots et les choses* como un manifiesto antihumanista, que debe obviar toda referencia o alusión al mentado concepto de sujeto, es precisamente en virtud de la disolución {*Auflösung*} de aquel concepto petrificado, fosilizado de sujeto que se han producido una apertura y una liberación, donde, en palabras de Foucault, “por fin es posible pensar de nuevo”.

A la prosopopéyica proclamación de la irrevocable e indefectible muerte del hombre – enunciado que, como se dijo con anterioridad, debido a su frecuente y reiterada repetición, las más de las veces efectuada de manera estereotipada y maquinal, a estas alturas ha devenido en fórmula vacía e insignificante, despojada de todo potencial crítico–, el pensamiento crítico le opone, entonces, la imperiosa exigencia de volver productiva dicha ausencia, proponiendo descubrir, en su mismo lugar vacante, nuevas formas de articulación conceptual, cuya formación se había visto impedida por la avanzada oxidación del concepto de hombre, consecuencia de su sobreinvestidura libidinal autoerótica y del efecto paralizante que esto suponía sobre su capacidad asociativa con otros conceptos relevantes. Asumir la relevación de la forma-hombre por nuevas conceptualizaciones del sujeto exige pensar a éste no tanto como una sustancia, una suerte de ser o esencia apriorística, inalcanzable, precedente a la constitución del mismo, sino como una «proyección de superficie» (Freud, 1923), como un conjunto relacional móvil y dinámico, conformado por el plexo covariante de ciertos elementos unidos y separados por relaciones de reciprocidad. Es decir, lo anterior impone concebir al sujeto no como contenido, fundamento o espíritu, sino, sirviéndose de una clásica oposición, como una forma, que, además de lo anterior, se opone a toda lógica identitaria, pues, a diferencia de toda noción tradicional de identidad, se basa, más bien, en el principio de la diferencia. Como consecuencia de este cambio de énfasis, en primer lugar, se hace necesario rechazar toda concepción o teoría apriorística de sujeto, es decir, toda conjetura o especulación que suponga la existencia previa ya sea de un núcleo irreductible e inalcanzable de subjetividad ya sea de la manifestación explícita y última de éste en toda su complejidad. Y segundo, se torna una exigencia imperativa el centrar la discusión a propósito del sujeto, por un lado, en los respectivos modos de producción de subjetividad, asociados a ciertas prácticas y a determinadas formaciones discursivas, circunscritas, a su vez, a momentos históricos o incluso épocas determinadas, y, por el otro, en las llamadas prácticas de constitución subjetiva o técnicas de cuidado de sí –dos aspectos que encontramos desarrollados en la obra tardía de Michel Foucault.

El sujeto, en ese sentido, dista de ser un concepto abstracto y general, situado en un más allá ideal y trascendental, allende de las determinaciones concretas y empíricas, sino que se convierte en un concepto palpable, tangible y determinado –o incluso sobredeterminado–, inserto en un *Bedeutungszusammenhang* o plexo relacional de significaciones, ligado a determinados ejercicios cotidianos y consuetudinarios. En vez de estar conformado como una entidad mental espiritual e inmaterial, ajena al influjo de las condiciones materiales o

ambientales, se constituye como el resultado efectivo y real, aunque efímero y fugaz, siempre transitorio, del conjunto de influencias sociosimbólicas convergentes en su constitución, por un lado, y de las correspondientes prácticas de subjetivación, tendientes a configurar y deconstruir sus sucesivas formas subjetivas, por el otro.

La Ilustración reflexiva

Es entonces a partir de las resistencias puntuales o los contrapoderes locales (Foucault, 1982), emanados justamente a propósito de la presión ejercida por los poderes amos, interesados, a su vez, en acelerar la definitiva desaparición del concepto de sujeto, que dicho concepto se torna relevante, que cobra cierto valor en cuanto a su eventual incidencia en el desenlace de la discusión contemporánea, específicamente en lo referente al llamado debate Modernidad-Postmodernidad. La polémica en torno a la noción de sujeto se vuelve una discusión interesante y productiva en la medida en que es capaz de superar las oposiciones simplistas y reduccionistas, producto del atrincheramiento ideológico y protocientífico, y da cuenta de su capacidad crítica al momento de oponerse argumentativamente a las argumentaciones, los procedimientos y las prácticas destinadas a constituir un tipo vacío, nimio e insípido de subjetividad. En lugar de lo anterior, resulta vital exponer la vacuidad y futilidad de dichas estrategias argumentativas, con el propósito de emanciparse, de esta manera, con respecto a un debate esteticista y estéril, interesado en paralizar la fecundidad teórico-práctica del concepto de sujeto, impidiendo que establezca las correspondientes asociaciones significantes con otros conceptos en circulación. Resistiéndose a los diversos procedimientos investigativos, operaciones que aspiran a ser reconocidas como prácticas científicas, y que objetivan al sujeto bajo la forma del sujeto hablante (gramática general, filología, lingüística), del sujeto productivo (economía) y del sujeto viviente (historia de la naturaleza y biología), es que el sujeto puede recuperar cierto protagonismo –protagonismo que no ha de ser confundido con la ilimitada voluntad de poder que le ha sido atribuida desde algunos sectores– e incidir críticamente en el devenir del debate actual. Esta resistencia implica, entre otros, impugnar y criticar el atolondrado e irreflexivo abandono de los ideales ilustrados y el consecuente olvido del lema kantiano, que insta al hombre a buscar, la Ilustración mediante, la salida *{Ausgang}* de su autoculpable minoría de edad *{Unmündigkeit}*. Dicha minoría de edad, como es consabido, estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento *{Verstand}* sin la dirección o guía de un otro (Kant, 1783).

Podemos leer lo anterior como un llamado a traducir las aspiraciones a alcanzar la ansiada mayoría de edad justamente a través del examen crítico de las formas de dominación establecidas o, mejor dicho, de las relaciones de poder establecidas en relación al sujeto contemporáneo –o a su ausencia–. Enfocar el problema de la heteronomía o autonomía del sujeto en términos de relaciones de poder posee la ventaja de que dicha conceptualización, que supera el carácter vertical, inamovible e unidireccional de las teorías tradicionales del dominio, implica, desde sus mismos inicios, la potencial reversibilidad de las mismas y, con ello, ofrece, a partir de la consideración pormenorizada de ellas, una posible salida emancipatoria para el sujeto. En concreto, tener el valor de servirse de su propio entendimiento implica, como paso preparatorio imprescindible,

analizar los diversos procedimientos de sometimiento y sujetación, mediante los cuales el sujeto, en un primer momento, es constituido pasivamente como el resultado indiferente e impasible de una serie de poderes incidentes (Pohlen y Bautz-Holzherr, 2001). Los correspondientes esfuerzos emancipatorios, por parte del sujeto, tendientes a esclarecer las relaciones de sujeción en las cuales se encuentra entrampado en la actualidad, por consiguiente, han de partir como formas de resistencia contra los diferentes tipos de poder que lo someten y subyugan. Hablando metafóricamente, avanzar en el proceso inconcluso de la Ilustración (Habermas, 1981, 1986) significa enfocar y concentrarse en la misma resistencia, emplearla como un catalizador, un fermento o impulsor, con cuya ayuda se torna posible visualizar las complejas redes de relaciones de poder y analizar sus puntos de anclaje y sus modalidades de ejecución.

La interpelación a servirse de su propia capacidad de entendimiento sin la tutela o el mandato de un otro no debe ser entendido como la ambición por lograr una simple inversión de dichas relaciones y de erigirse como amo y monarca absoluto, todopoderoso, librado de toda atadura, pues lo anterior supondría únicamente una permuta o un intercambio de los elementos puestos en relación, conservando, no obstante, las relaciones de poder petrificadas en relaciones de dominación imputables y unidireccionales. En otras palabras, no se trata de levantar un concepto de sujeto autoritario, despótico y tiránico, que disponga libre e irrestrictamente de los elementos a su antojo y parecer, sino de construir un sujeto dinámico, dialógico, emplazado no más allá sino en el mismo cruce entre los diferentes poderes convocados, cuya confluencia se produce sucesiva y simultáneamente. El sujeto resultante, en la medida en que incorpora la noción de relación de poder como su principio constituyente, es, entonces, un auténtico sujeto del conflicto, un sujeto conflictuado, jaloneado, en tensión.

Asimismo, retomar ciertos principios ilustrados bajo el proyecto de una "ontología del presente" (Foucault, 1984) implica descomponer y estudiar el presente no bajo el aspecto de su validez general, aproximación metodológica que impone su consideración como parte de un proceso racional de carácter abstracto y universal, sino, más bien, exige considerar y valorar su radical e inconfundible particularidad, su dependencia de una constelación de factores históricos puntuales y singulares. La consiguiente consideración del sujeto desde un punto de vista teórico-práctico comprometido con el proyecto ilustrado reformulado implica avanzar hacia una "historia del presente", una historia que, a diferencia de la historia propia de los grandes metarrelatos (Lyotard, 1979), no parte ya de un modelo normativo de subjetividad, o sea, de una idea preceptiva y prescriptiva particular de lo que significa ser "sujeto", desentendida o abstraída de las contingencias históricas concretas que le dieron origen y sentido, sino que combina el análisis de la actualidad con consideraciones de tipo histórico. Por ende, el examen del status ontológico del presente, en lo que respecta su correspondiente noción de sujeto, pasa por adoptar la distancia crítica (Adorno, 1966) necesaria para abstraerse de la lógica de análisis presentista y emprender un pormenorizado análisis de la actualidad, destacando justamente las contingencias históricas y las estrategias de poder que configuraron las pretensiones humanistas de validez universal del momento epocal en general y de su correspondiente concepción de sujeto.

Referencias bibliográficas

- Adorno Theodor Wiesengrund (1966). *Negative Dialektik*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- Bachelard, Gaston (1940). *La philosophie du non*. PUF, París.
- Barthes Roland (1968). "La muerte del autor". *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós, Barcelona, pp. 65-71.
- Bruder Klaus-Jürgen (1993). *Subjektivität und Postmoderne. Der Diskurs der Psychologie*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- Bürger Peter (1966). "Von der Schwierigkeit, ich zu sagen: Roland Barthes". *Neue Rundschau* 107, Heft 1, pp. 160-170.
- Castoriadis Cornelius (1978). *Les carrefours du labyrinthe*. Seuil, París.
- Castro Rodrigo (2005). "La frase de Foucault: el hombre ha muerto". *Alpha*, n° 21, p. 225-233.
- Deleuze Gilles (1986). *Foucault*. Éd. de Minuit, París.
- Dreyfus Hubert y Rabinow, Peter (1982). *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics*. Harvester, Brighton.
- Eagleton Terry (1996). *The Illusions of Postmodernism*. Blackwell. Oxford.
- Foucault Michel (1970). *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
 (1968). *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México.
 (1982). *Dos ensayos sobre el sujeto y el poder*. UAM, México.
 (1991). *Saber y verdad*. Ediciones de La Piqueta, Madrid.
 (1982). "The subject and the power". En Dreyfus, Hubert L. y Rabinow, Peter. *Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Harvester, Brighton, pp. 208-226.
 (1971). "Nietzsche, la généalogie, l'histoire". *Dits et Écrits*. Gallimard, París, pp. 136-156.
 (1984). "What is Enlightenment?" En Rabinow, Peter (ed.). *The Foucault Reader*. Pantheon Books, New York, pp. 32-50.
- Frank, Manfred (1983). *Was ist Neostukturalismus?* Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. *Obras Completas*. Vol. XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- Habermas, Jürgen (1986). *Der philosophische Diskurs der Moderne. Zwölf Vorlesungen*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.
 (1981). "Die Moderne-ein unvollendetes Projekt". *Kleine politische Schriften (I-IV)*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- Horkheimer, Max (1937). *Traditionelle und kritische Theorie*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.

Kant, Immanuel (1783). "Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?" En Sloterdijk, Peter (ed.) (1996). *Kant. Ausgewählt und vorgestellt von Günter Schulte*. Diederichs, München, pp. 301 – 308.

Kamper, Dieter y van Reijen, Wilhelm (ed.) (1987). *Die unvollendete Zukunft: Moderne versus Postmoderne*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.

Kamper, Dieter (1985). "Aufklärung – was sonst?" *Merkur*, 436, pp. 535-540.

Kittler, Friedrich (1988). "Das Subjekt als Beamter". En Frank, Manfred, Raulet, Gérard y van Reijen, Wilhelm (ed.) *Die Frage nach dem Subjekt*. Suhrkamp, Frankfurt, pp. 401-420.

Laermann, Klaus (1986). "Lacan und Derrida. Über die Frankolatry in den Kulturwissenschaften". *Kursbuch*, 84, pp. 34-43.

Lyotard, Jean-François (1979). *La Condition Postmoderne. Rapport sur le Savoir*. Ed. de Minuit, Paris.

Pohlen, Manfred y Bautz-Holzherr, Manfred (2001). *Eine andere Aufklärung. Das Freudsche Subjekt in der Analyse*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.

Rabinow, Peter (ed.). *The Foucault Reader*, Pantheon Books, New York.

Vattimo, Gianni (1989). *El sujeto y la máscara*. Barcelona, Península.

Volpi, Franco (1986). "Nuova intrasparenza e paradigmi di razionalità nella dialettica di moderno e postmoderno". En Barbieri, Giuseppe y Vidali, Paolo (ed.). *Metamorfosi. Dalla verità al senso della verità*. Laterza, Roma-Bari, pp. 169-190.

Wellmer, Albrecht (1985). *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne. Vernunftkritik nach Adorno*. Suhrkamp, Frankfurt a. M.

Welsch, Wolfgang (1987). *Unsere postmoderne Moderne*. VCH Acta humaniora. Weinheim.

Zima, Peter (2000). *Theorie des Subjekts. Subjektivität und Identität zwischen Moderne und Postmoderne*. Franke, Tübingen.